

**LA**   
**FILOSOFÍA**  
**NO DA LA**  
**FELICIDAD**

**... NI FALTA QUE LE HACE**

**ROGER-POL DROIT**

ROGER-POL DROIT

**LA FILOSOFÍA NO DA  
LA FELICIDAD... NI  
FALTA QUE LE  
HACE**

---

Traducción de Núria Petit Fontserè

PAIDÓS  
Barcelona • Buenos Aires • México



Título original: *La philosophie ne fait pas le bonheur*, de Roger-Pol Droit  
Publicado originalmente en francés por Flammarion

Traducción de Núria Petit Fontserè

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial del Grupo Planeta

*1ª edición, febrero 2016*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2015 Flammarion, Paris

© 2016 de la traducción, Núria Petit Fontserè

© 2016 de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-493-3186-2

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B. 695-2016

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

# Sumario

<i>Agradecimientos</i> .....	13
<i>Introducción: Una cantinela engañosa</i> .....	15

## Primera parte

### ¡FELICIDAD, VENGA A NOSOTROS TU REINO!

1. El coro de los nuevos sacerdotes .....	23
2. Antiguamente la felicidad era mero azar .....	31
3. La Santísima Trinidad. Tres falsas evidencias .....	39
4. Felicidad de los antiguos, felicidad de los modernos ..	43

## Segunda parte

### PERMÍTASENOS DUDAR...

5. ¿Todo el mundo quiere ser feliz? .....	59
6. ¿De veras puede la filosofía darnos la felicidad? .....	71

Tercera parte  
EN LA FILOSOFÍA, LA FELICIDAD  
HA VIAJADO MUCHO

7. De cómo el sabio se volvió razonable . . . . .	81
8. De cómo el santo soñó una felicidad inaudita . . . . .	89
9. De cómo el sabio dejó de ser feliz . . . . .	93
10. ¿Cómo se explica que el sabio haya vuelto? . . . . .	97

Cuarta parte  
COMO TELÓN DE FONDO

11. ¿La filosofía puede «hacer» algo? . . . . .	107
12. ¿Cómo ha vuelto la felicidad a invadir la filosofía? . . .	117
13. ¿No estaremos siendo felices como esclavos? . . . . .	127
<i>Conclusión: ¡... ni falta que le hace!</i> . . . . .	135
<i>Bibliografía</i> . . . . .	139

---

## El coro de los nuevos sacerdotes

Se creen muy distintos unos de otros. Y en algunos aspectos efectivamente lo son. Pero no son diferencias sorprendentes. Unos, por ejemplo, son ateos y otros creyentes. Unos de izquierdas y otros de derechas, como de costumbre. Algunos son tontos, otros listos, como siempre. Y, como es natural, unos escriben bien y otros mal. *Nihil novum sub sole...*

Lo sorprendente es otra cosa.

Estos filósofos, aparentemente tan distintos, de pronto se muestran unánimes. Hablan con una sola voz, olvidan sus divergencias, incluso se congratulan en cuanto surge el tema de la felicidad. Todos dicen que la felicidad nos espera, que la tenemos al alcance de la mano, que solo depende de nosotros. Todos sostienen, con idéntico énfasis, que la filosofía nos ayuda a discernirla, nos indica el camino, puede guiarnos; que esa es precisamente su misión, su razón de ser y su vocación profunda.

Me entran ganas de frotarme los ojos, de preguntarme de dónde puede haber salido esta súbita armonía. Sin serlo demasiado, soy lo bastante viejo como para recordar otra época, en la que normalmente se decía que la felicidad no era un tema filosófico, en la que nadie pensaba —ni profesores, ni ensayistas, ni intelectuales— en hacer más serena ni más gozosa la vida de sus contemporáneos. Sin embargo hoy día ya no cabe duda: parece

ser que la felicidad depende directamente de nosotros, y nosotros mismos dependemos, en realidad, de nuestros pensamientos; entonces, examinémoslos, enderecémoslos, rectificuémoslos, flexibilicémoslos, podémoslos... ¡y obtendremos, por fin, la plenitud filosófica suprema, o sea la felicidad!

El filósofo André Comte-Sponville afirma: «El objetivo de la filosofía es la sabiduría y por consiguiente la felicidad». Y nos recuerda que no se trata de una opinión personal, sino de uno de los juicios más antiguos y más bien documentados de toda la tradición filosófica. Hace suya, con algunos matices, la famosa definición que se atribuye a Epicuro: «La filosofía es una actividad que, mediante discursos y razonamientos, nos proporciona la vida feliz».

También Michel Onfray nos lo enseña continuamente en sus numerosísimos libros, cursos, conferencias, entrevistas y blogs: el placer es la meta y el norte de nuestra vida, el hedonismo es la justa doctrina, la felicidad está al alcance del presente, aquí y ahora, anclada en el instante. Y la filosofía nos lleva a ella disipando las ilusiones, los trasmundos y los espejismos que nos amargan la existencia.

Robert Misrahi, a la desesperación y los pensamientos del absurdo y lo trágico contrapone la filosofía, cuya misión consiste en construir una felicidad real, estable, plena, consciente de sí misma y del universo. «La felicidad —escribe— es simultáneamente del orden de la reflexión y del orden de la existencia, a la vez deseo consciente de ser colmado y existencia pensada como plenitud.» A rebufo de su lectura de Spinoza, ha dedicado a la construcción de esa felicidad filosófica una serie de obras en las que se expone (teoría y práctica) la edificación a la vez intelectual, sensible y carnal de un gozo existencial en plenitud.

Luc Ferry ha devuelto al centro de las preocupaciones contemporáneas la antigua reflexión sobre el «buen vivir» —el que se considera preferible y que supuestamente genera la felicidad— y sobre los criterios contemporáneos que podrían permitir definirlo, después de Nietzsche y Deleuze, elaborando una

sabiduría adaptada a nuestra época. Según él, no hay filosofía sin alcance práctico, sin designio existencial, sin contribución a una vida plena y a una felicidad auténtica. Se trata de aprender, a través de la filosofía, a «vivir sabiamente, feliz y libre en la medida de lo posible».

Frédéric Lenoir también medita sobre la felicidad, la explica, la aconseja, la hace accesible y, basándose en los filósofos antiguos y orientales, nos anima a ser felices mediante «el conocimiento filosófico, entendido como ejercicio espiritual, [pues] permite la liberación de la alegría que todos guardamos en el corazón». Bertrand Vergely no para de escribir que la felicidad es efectivamente lo que la filosofía pretende, proporciona y permite.

A esta breve lista cabría añadir muchos más autores. Habría que enumerar infinidad de obras, mencionar cantidad de informes, guías prácticas, seminarios y coloquios. También habría que pasar revista a multitud de libros anglosajones que entonan la misma melodía: más vale leer a Platón que atiborrarse de Prozac, es posible aplicar con éxito la «sabiduría eterna» a los problemas del día a día, temas del bestseller de Lou Marinoff (traducido a veintisiete lenguas); la verdad de las sabidurías antiguas es eminentemente moderna, como sostiene por ejemplo Jonathan Haidt en *La hipótesis de la felicidad*; la revolución de la felicidad está en marcha, para alcanzarla basta comprender cómo Adam Smith (o Spinoza, o Wittgenstein, o Russell...) puede cambiar tu vida, etcétera.

#### UNA MELOPEA DULZONA

No veo la utilidad de ofrecer un extenso catálogo. En efecto, cualquiera de nosotros no tiene más que mirar a su alrededor para comprobar la omnipresencia del «felicismo» filosófico. ¿Para qué insistir en lo que todo el mundo tiene ante los ojos? Lo que importa no es la constatación. Esa pseudofilosofía que su-



puestamente garantiza la felicidad es bien visible y está al alcance de la mano.

Por lo tanto no se trata de descubrirla, y menos aún de establecer su existencia. Solo hay que preguntarse por qué suscita tan pocas burlas y protestas, en qué postulados se basa, cómo se ha impuesto, para qué sirve y a qué necesidad responde.

¿Por qué soportamos sin inmutarnos esa lánguida melopea de la felicidad filosófica que desde hace un tiempo nos acuna con sus amables consejos, sus suaves preceptos y sus solícitas incitaciones? Nos rodea y nos envuelve, creo yo, con una atmósfera dulzona de sacristía, con un humo clerical malsano. El coro involuntario de los filósofos de la felicidad me recuerda a ese grupo vocal llamado Les Prêtres, que con una mezcla desconcertante de convicción y pesadumbre graba viejos temas de gran éxito en los geriátricos.

Esta comparación puede parecer sorprendente. En efecto, nuestros filósofos de la felicidad —tanto los que he mencionado como aquellos, más numerosos aún, que no he citado— no son, aparentemente, nada beatos. Al contrario... la mayoría se declaran ateos o agnósticos. Algunos con relativa humildad, otros con vehemencia o arrogancia.

Además, no se contentan con proclamar que el cielo está vacío y orientar nuestras miradas hacia el suelo e incitarnos a una felicidad humana y nada más que humana (y aparentemente aconfesional). Critican al clero, a las organizaciones religiosas y a los poderes espirituales. En nombre de la felicidad (concebida como gozo autónomo y placer libre), fustigan las obligaciones que imponen los dogmas, las instituciones y aquellos que las encarnan. Entonces, ¿a qué viene verlos como curas?

Porque se parecen mucho, digan lo que digan, a aquello contra lo que pelean. Por mucho que se declaren antirreligiosos, parecen curas de un nuevo tipo: dan lecciones, dictan reglas y ofrecen normas. Sin duda, dan la impresión de ser distintos de los hombres de Dios, pero en realidad ocupan exactamente el mismo lugar, se instalan en sus mismas poltronas, se visten sus mismas casullas y defienden sus confesionarios.

## GUIAR O RECHAZAR

Un director espiritual, un filósofo de la felicidad y un *coach* del desarrollo personal pueden tener naturalmente divergencias de retórica, diferencias de estilo, y hasta desacuerdos dogmáticos; pero, en realidad, poseen más rasgos comunes, a mi modo de ver, que características opuestas. Su identidad es ser preceptores, guías, personas que le dicen a cualquier pobre ignorante lo bastante ingenuo como para prestarles atención: «Hijo mío, yo te enseñaré a vivir, porque yo sí sé... Si me escuchas, si te portas bien, si gracias a mí comprendes, ¡sabrás por fin lo que hay que hacer!».

Por supuesto, su astucia más elemental consiste en no dar consignas explícitas. «Tú tienes que encontrar tu propio camino, convertirte en lo que eres. No te pido que te pliegues a ninguna disciplina exterior a tu voluntad. Pero yo sé la manera de buscar para encontrar lo que más deseas en este mundo, como cualquier ser humano: la felicidad.»

No dudo que estas palabras, u otras parecidas, sean pronunciadas de buena fe, la mayor parte de las veces por pensadores sinceramente convencidos de estar ayudando a sus semejantes a vivir mejor. No pretendo insinuar que podrían ser simplemente unos oportunistas, falsarios, hipócritas o cualquier otra triste vulgaridad. Creo que nuestros sacerdotes son sinceros. Admito que recitan de buena fe, tanto en su fuero interno como en las páginas de las revistas: «Bienaventurados los filósofos porque conocerán la alegría». Pero ese pensamiento es precisamente el que no admito, y esa postura la que me repugna. «Voy a decirte cómo tienes que vivir» es una fórmula obscena.

Estoy convencido de que quien se cree filósofo o intenta serlo debe renunciar a semejante actitud y no permitirse jamás, por nada del mundo, palabras parecidas; huir como de la peste de este tipo de programa, porque infantiliza a quien lo propugna tanto como a quien lo recibe.

Es una ofensa a la felicidad, una ofensa a la vida y una ofensa a la filosofía afirmar que una norma debe incluirlas, canalizarlas y guiarlas. En realidad, solo creo en una anarquía radical de la existencia, sin principio último ni autoridad para someterla.

La vida como tal está desnuda, es brutal y salvaje. Es desordenada, inútil, incomprensible, imprevisible, insoportable, espe-luznante. Sin fe ni ley, sin objetivo, sin orden. Hasta el punto de que no tiene absolutamente ningún sentido decir que la vida, globalmente, puede ser feliz o infeliz. Contiene, alternativamente, todas las dichas y todas las desdichas posibles e imaginables.

¡SÉ SUMISO!

Cuando una vida pregunta cómo lograr ser feliz, cuando pide un método para conseguirlo, es que esa vida ya está enferma, desquiciada, y por lo tanto en cierto sentido ya es un poco despreciable, por no decir abyecta. Si se expresa esa desazón, lo más urgente que hay que hacer es no responder a dicha llamada. ¿Esa vida desquiciada quiere saber cómo ser feliz? ¡Sobre todo, no hay que ayudarla! Sería caritativo incluso desanimarla, decirle que se equivoca, que la felicidad, si es que existe, no es cuestión de método, de reflexión, de filosofía, sino de locura, de desmesura, de puro azar.

¡Pero no! Nuestros filósofos de la felicidad se revisten con sus hábitos de sacerdote y se ajustan las estolas. Se ponen a explicar de cabo a rabo a quien quiera oírlos cómo ser feliz siempre y en todas partes: «Así es como puedes conocer la felicidad en el trabajo y en el tiempo libre, en la cocina, en el cuarto de baño, en la oficina, en el dormitorio, en el coche y durante las vacaciones... Así estarás siempre realizado, conocerás la plenitud, la alegría y la beatitud. ¡Por fin tu vida tendrá sentido!».

En esta homilía de una euforia nauseabunda, yo oigo una sola cosa: «Sé sumiso, haz lo que te dicen, obedece, no te rebeles, produce, consume, no rompas nada, añade solamente un hilillo

de filosofía de primera presión en frío para que todo vaya como una seda y se perpetúe...».

En esos discursos para ser feliz y serlo siempre no logro ver nada más que una inmensa empresa de normalización, de dominación, de vasallaje. Cuando oigo «¡sé feliz!», entiendo «¡sé esclavo!»; por eso me avergüenza que haya filósofos participando en este totalitarismo de rostro radiante, ya sea deliberadamente o por inadvertencia.

Comprendo que estas palabras puedan parecer abruptas e incluso elípticas. Requieren algunas explicaciones, que seguramente las harán más precisas, sí no más aceptables. Vamos allá.